

REIVINDICAR LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN DE LOS "SIN VOZ"

"Los periodistas somos en parte responsables de la violencia, por lo menos, en Brasil", fue el comentario con el que comenzó su ponencia Caco Barcellos, reportero especial de la famosa Rede Globo de Televisao, afirmación que dejó un tanto asombrada a la audiencia del II Seminario sobre Medios de Comunicación y Sociedad Democrática, celebrado en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, durante el 25 y el 26 de agosto pasado. El evento tuvo lugar gracias al Proyecto de Promoción de la Libertad de Expresión del Instituto Interamericano de Derechos Humanos y el patrocinio de la Agencia Española de Cooperación Internacional.

Se refería Barcellos a la complicidad con la que actúan algunos medios de comunicación al no relevar el tema de la violencia, así como al no contribuir en la búsqueda de soluciones. También al escaso interés que se les presta a los "sin voz" -aquellos que viven en los barrios, marginados sociales- y el resentimiento que día a día se acrecienta entre sectores diversos de la sociedad, que viven marcadas diferencias en sus condiciones de vida, en contrastante injusticia. Muchas veces los medios contribuyen a avivar ese odio mutuo, al ignorar a una parte de la población, que por demás, es mayoría.

Y es que hasta el momento la discusión sobre libertad de expresión había abordado aspectos ya debatidos en otros ámbitos y momentos -no por ello menos importantes y sobre los que aún es necesario ahondar- como las limitaciones existentes, la censura evidente y solapada, o las presiones a los periodistas y los medios. Esta nueva arista del problema, y que parte de una interesante autocrítica, fue a mi modo de ver uno de los más importantes aportes al tema, y es un asunto en el que a futuro, habrá que detenerse. Hay que decir, sin embargo, que no llegó a convertirse en tema central del Seminario, ni mucho menos. Pero sí generó un interesante debate y la petición, al IIDH, de hacer encuentros futuros sobre el tema de medios de comunicación social y sociedad civil.

LA VOZ DE LOS "SIN VOZ"

Se trata de una realidad ante la cual nos hemos anestesiado, pero que tiene su base en una enorme injusticia. Los marginados también lo son de las páginas de noticias o de los programas de televisión. Cabe preguntarse, entonces, qué ocurre con su derecho a opinar e, incluso, a informarse desde un punto de vista más cercano a sus realidades. Y también tenemos que increparnos esta ausencia, no sólo por el derecho que muchas veces les quitamos -nosotros los periodistas, y la sociedad en su conjunto-, sino por la posibilidad que nos negamos a nosotros mismos de reconciliar-

nos, de escucharnos, de entablar un diálogo más humano e igualitario en nuestra sociedad, el cual permita superar la enorme distancia existente entre nosotros.

En otra interesante intervención, Caco Barcellos afirma:

"Los medios somos muy eficaces en fiscalizar al gobierno, cuando ello interesa a la clase dominante. Cuando la violencia es interesante, porque afecta de alguna manera los intereses de los privilegiados, entonces la cubrimos. Pero ignoramos casi por completo la realidad del resto de Brasil. Los excluidos no tienen forma de hacerse notar. En sus comunidades mueren todos los días una o dos personas. Pero esto, aunque es muy grave, no nos interesa. Sólo vamos a los barrios cuando hay una masacre. Y, como los periodistas trabajamos con los intereses de los privilegiados, empezamos a enviarnos de la proximidad con el poder. Creo que por ello nos hemos transformado en una banda de profesionales arrogantes. A los periodistas nos falta la enorme cualidad de la humildad."

Las posición generó polémica, en principio -y es mi humilde opinión- justo por la falta de humildad. En el tema de la libertad de expresión los periodistas nos vemos a nosotros mismos como los héroes gracias a los cuales la sociedad puede expresarse. Pero no nos asumimos como los malos de la partida, como aquel que le quita a otro su derecho a opinar. Y aún menos, como los representantes de los intereses de los poderosos.

Sin embargo, en la práctica y tomando en cuenta que hay sus excepciones (hay periodistas sensibles y con una visión muy distinta trabajando en los medios), entendemos que lo relevante es el personaje público y conocido, y le damos más crédito a alguien bien vestido, con capacidad para expresarse (aunque no diga nada) que a una persona simple del pueblo, (aunque diga mucho). Por lo general, las personas que quieren tener lu-

Aliana González

Darles voz a los que por ahora no la tienen no sólo es necesario para redimensionar la libertad de expresión y el derecho a la información de estas personas, sino para contribuir —desde nuestra humilde tarea de periodistas— a no tener una sociedad más violenta

gar en la política, saben que sólo tienen que figurar repetidas veces en los medios de comunicación social para obtener el puesto de “fuente” y que —sin importar la credibilidad que tenga el personaje—, luego de lograr aparecer repetidamente en los medios, puede ser entrevistado con relativa facilidad. Los denunciadores de oficio, cuyos ejemplos lamentablemente sobran en nuestro país, son reflejo de ello.

Algo similar ocurre con la relevancia de la noticia. Es importante un asesinato si ocurre a un profesional o a una persona “importante”, pero no lo es si ocurre a un obrero. De los veinte o treinta muertos de fin de semana, sólo importa la cantidad, pero no las circunstancias o razones por las cuales murieron. Tampoco suelen ser relevantes las opiniones de las organizaciones que empiezan a articular la sociedad civil. Simplemente, “no son noticia”; pero ¿quién es el que realmente pondera aquello que es de interés de la opinión pública?

LA VIOLENCIA ES IMPORTANTE

De grandísimo interés. De imposterable atención. Sin embargo, la violencia sólo es abordada en momentos coyunturales, cuando los hechos sobrepasan la “normalidad violenta” a la que nos hemos acostumbrado. Caco Barcellos reveló una angustiosa investigación que llevó a cabo en Sao Paulo, según la cual descubrió que, mientras las bandas de asaltantes matan una persona, los ciuda-

danos armados matan veinte.

“La prioridad es la defensa de la vida, pero la de aquellos que son propietarios del patrimonio; por eso, no se destacan las muertes efectuadas por personas que no son delincuentes de oficio. Eso ha favorecido la creación de un monstruo terrible dentro de nuestra sociedad, que es la policía. Me coloqué como objetivo investigar las miles de muertes “en enfrentamientos”, dadas a conocer por la prensa, y trabajé siete años, identificando a todas las personas muertas y sus antecedentes. Encontré la identidad de cuatro mil, y creé un banco de datos. Y descubrí una realidad terrible: de cada diez personas muertas a manos de la policía, seis no eran criminales.”

No hay duda de que el tema de la violencia, sus causas, razones y manera de detenerla, debe ser abordado cuanto antes por la opinión pública. Así también el de los derechos humanos, como el camino de paz que permitirá lograr reconciliarnos como sociedad. Beneficiará a los intereses de todos, incluso, los de los propietarios de los medios y los de los llamados “privilegiados” por Barcellos, ya que el camino al que nos lleva la violencia no tiene regreso. Pero resulta increíble cómo este tema es numerosas veces postergado, logrando que la violencia se convierta en una expresión normal de nuestra sociedad, ya que, al no relevarla e indignarse ante los hechos, la hacemos aparecer ante los ojos de los ciudadanos como legítima.

EL CASO VENEZOLANO

Caco Barcellos explicó que, en el caso brasileño la globalización y el paso a una economía sin fronteras ha llevado a los medios de comunicación a una modernización y a un ejercicio más profesional del periodismo. Ahora los intereses locales de los propietarios no son tan determinantes en la definición de la pauta diaria. Sin embargo, esta transformación hace de la noticia un producto que debe ser vendido. “En esta nueva realidad tam-

bién el periodismo se restringe a cubrir todo lo relacionado con el poder. No interesa la óptica de los más pobres”.

Reveló Barcellos que incluso en épocas audaces, donde se destacaron con gran valentía periodistas y medios en la denuncia de hechos terribles, las víctimas de las barbaridades y denuncias relacionadas con derechos humanos, pertenecían a la clase media.

En nuestro país enfrentamos una negativa matriz de opinión pública, que relaciona a los grupos defensores de derechos humanos como defensores de delincuentes. Tal negativa imagen ha sido formada con colaboración de los medios de comunicación social. “Por una vez, defiendan a una víctima digna, a una persona de la que no exista rastro de duda de que se trata de una buena persona”, me decía un colega recientemente. Independientemente de que el concepto de derechos humanos es inherente a la persona, sin importar su condición y calidad humana, la mayor parte de las víctimas defendidas por Cofavic, que murieron durante los sucesos de febrero y marzo del 89, eran buenas personas, trabajadoras, responsables, útiles, buenos padres, madres o hijos. Pero pertenecían a la clase más humilde y eso las coloca como sospechosas de no ser honorables.

En Venezuela vivir en un barrio es un estigma. Ello puede constatarse en el estilo de operativos que realizan los cuer-

En el tema de la libertad de expresión los periodistas nos vemos a nosotros mismos como los héroes gracias a los cuales la sociedad puede expresarse. Pero no nos asumimos como los malos de la partida, como aquel que le quita a otro su derecho a opinar. Y aún menos, como los representantes de los intereses de los poderosos



II Seminario sobre Promoción y Protección de la Libertad de Expresión

DEMOCRACIA NO ASEGURAN VIGENCIA DE DERECHOS

pos represivos, sobre todo la Guardia Nacional, que coloca alcabalas a las puertas de los barrios, como separando las zonas "sanas" de las "buenas". O en la manera en que se hacen las redadas, en las que personas blancas, bien vestidas, con vocabulario, usualmente no son detenidas.

La mayor parte de las violaciones a los derechos humanos que existen hoy en democracia, no están relacionadas con diferencias ideológicas o políticas, como ocurre en países totalitarios. En países como el nuestro, donde la violencia y la pobreza son un problema creciente, la represión está dirigida hacia los sectores más desfavorecidos. Actúa como una especie de muro de contención, de advertencia a quienes llevan la peor parte de la crisis. El mejor ejemplo de esto son las violaciones a los derechos humanos que ocurrieron durante los sucesos de febrero y marzo de 1989, y que dieron origen a Cofavic. En nuestro país, quienes suelen sufrir violaciones a los derechos humanos son los pobres, aunque hay que decir que las personas de clase media o alta no están exentas de vivir esta experiencia.

Mientras los medios de comunicación social no empiecen a ver a los sectores más desfavorecidos como parte importante y destacada de la sociedad, mientras no se comience a valorar a los marginados como seres humanos dignos y honestos, partícipes por igual de la democracia, no se interrumpirá este ciclo de desvalorización—violaciones de derechos humanos— y criminalización de las víctimas, y que lleva, irremediablemente, a más violencia. Darles voz a los que por ahora no la tienen no sólo es necesario para redimensionar la libertad de expresión y el derecho a la información de estas personas, sino para contribuir—desde nuestra humilde tarea de periodistas— a no tener una sociedad más violenta. Así podremos evitar repetir lo que Barcellos afirmó, al constatar que los periodistas somos parte responsable de la violencia que sufren nuestros países. ■

Aliana González es comunicadora social

Que la consagración de normas no asegura la vigencia de los derechos, ni la democracia garantiza la libertad de expresión a pesar de ser un valor fundamental de la misma, fue la conclusión preliminar a la cual se llegó durante el **"II Seminario Iberoamericano sobre Medios de Comunicación y Sociedad Democrática"**, que tuvo lugar los días 25 y 26 en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, y el cual versó sobre la promoción y protección de la libertad de expresión. El evento fue de carácter interdisciplinario, y asistieron periodistas, juristas y representantes de organizaciones sociales y de defensa de los derechos humanos.

Como limitaciones a la libertad de expresión que ocurren más frecuentemente en tiempos de democracia en América Latina se señalaron las amenazas a periodistas—en todas sus gamas, desde las veladas hasta las más directas—, las actuaciones de los Estados que impliquen cualquier tipo de censura—también en su amplia gama, desde la censura directa hasta actuaciones que impliquen alguna sanción, como gravámenes al papel o manejo de favoritismos en la entrega de informaciones— y el manejo oligopólico de los medios de comunicación social por parte de los empresarios. Pero también fueron abordadas otras limitaciones a la libertad de expresión, que ocurren con anuencia de algunos profesionales del periodismo, como las condecoraciones, viajes y la entrega de regalos por parte de las fuentes y del mismo Estado.

Según Juan Lozano, asesor editorial del periódico El Tiempo, de Bogotá, en las democracias de América Latina hay brotes de autoritarismo y de abusos por parte de las fuerzas del Estado, que han puesto en peligro la libertad de expresión, tal y como lo demuestran los continuos y recientes casos que aparecen en Perú, Panamá, Colombia.

Uno de ellos, es por ejemplo el del periodista peruano Gustavo Gorriti, director adjunto del diario La Prensa, al ser deportado de Panamá días después de este Seminario. "El Sr. Gorriti está siendo castigado por sus reportajes de investigación, que han recibido premios internacionales, sobre corrupción al más alto nivel en Panamá", expresó en el seminario José Miguel Vivanco, Director Ejecutivo de Human Rights Watch.

Otros aspectos de la relación entre medios de comunicación, Estado y sociedad, fueron abordados por Roberto Saba, director ejecutivo de la Fundación Poder Ciudadano de Argentina. "La gente se está desconectando de los partidos políticos, y trasladando sus expectativas a los medios, pero los medios no pueden cubrir estas expectativas, porque no son los encargados de colocar sanciones. Los ciudadanos, sin embargo, tienen una opinión formada sobre los problemas del país, pero no alcanza para encontrar la solución a los problemas. Los medios podrían jugar un papel importante en ayudar a los ciudadanos a encontrar las soluciones. Y así pasar la barrera de la opinión pública al juicio público, de manera que se obligue a los gobernantes a actuar en la solución de los problemas. Tenemos el reto de hacer un periodismo público".